

Víctor Molina Neira

Necesidad de la poesía



TODO aquello que brota del espíritu del hombre, sólo con el hombre puede morir. ¿Habría de morir la poesía? También ella, criatura del espíritu, vive sujeta al destino de la humanidad; sin embargo, se ha hablado alguna vez de su cercana muerte. Es cierto que no sólo ella marcha bajo la amenaza: la época moderna, madre e hija al mismo tiempo de una Ciencia y de una Técnica rebosantes de triunfos, ha querido proclamar también el ocaso de la Filosofía y de la Religión, con las que suele mantener la Poesía tan estrechos vínculos. Decididamente, los tiempos que corren no son propicios a estos menesteres especulativos. Los afanes del hombre moderno, orientados principalmente hacia un saber y una acción de orden positivo y material, constituyen una desfavorable atmósfera para el despliegue de actividades que en la contemplación y en la aventura del pensamiento hallan su más pleno significado. La humanidad actual alienta la convicción de que ha llegado el momento de su madurez adulta, es decir, (usando conceptos paideumáticos de Frobenius) la etapa de los hechos; supone que ya ha dejado atrás su niñez y su adolescencia, es decir, las edades de lo fantástico-demoníaco y de la idealización. Religión, Filosofía y Poesía corresponderían más bien a niveles ya superados del desarrollo cultural, consistirían en re-

siduos de jornadas anteriores, y estarían condenadas a desaparecer más pronto o más tarde, a menos que consintieran en transformarse de tal modo que se subordinasen a las exigencias del espíritu científico-técnico moderno y abandonasen su independencia y su sustantividad.

Pero, no. Lo que nació del espíritu humano, únicamente morirá con el hombre. Así—como la Filosofía, como la Religión, sus hermanas en substancia y en destino—la Poesía es percedera en la medida en que el hombre lo es.

¿Habría de morir aquello que estuvo un día en el origen mismo de la humanidad, aquello que sirvió de fuego creador y de aliento a los comienzos de la especie? El hombre inicia su conquista teórica del mundo a través del mito. Los grupos más antiguos y las más viejas civilizaciones no podían sustraerse al hecho de tener una concepción del mundo, pero carecían de un desenvolvimiento racional que les permitiera expresar esa concepción en algo que no fuese la fabulación mística. Ahora bien, el mito, como interpretación de la realidad y como expresión de ella mediante el lenguaje, consiste en un complejo de imágenes, símbolos y figuras de carácter poético. Todo mito es una estructura poética. «En cualquier forma que el mito haya llegado hasta nosotros—afirma Huizinga—es, siempre, poesía». De este modo, la poesía representa el balbuceo del espíritu humano, aunque aquel hombre primitivo o antiguo que la elaboró haya ignorado su virtud de poeta. Y de esa poesía, como de una fuente primigenia, han de brotar más adelante—diferenciadas ya por una madurez lógica que trae la evolución—la Ciencia, la Filosofía y otras formas conceptuales de la cultura. La Poesía contenía todo esto en germen. Todo estaba allí, nebulosamente mezclado y confundido, aguardando su hora de liberación. Todo estaba allí, como dormido. «La poesía es como el sueño de una doctrina» ha dicho Francisco Bacon. Y Schiller asegura: «Cuando los rayos de la verdad aun no han penetrado en lo profundo de los corazones, ya la poesía los ha percibido, y las cimas de la hu-

manidad están iluminadas cuando la noche húmeda pesa aún sobre los hondos valles».

Pero la historia de la humanidad recomienza, de alguna manera, con cada individuo. Y entonces la poesía ingenua de las primeras edades de la especie vuelve a jugar su papel. El niño es también un poeta natural. Un poeta que carece de una conciencia estética de sus productos y que no posee una clara intención o voluntad de poesía, lo que no le impide prodigar maravillosas creaciones de belleza. También en el niño existe una concepción del mundo, y también esta concepción adopta una forma de mito. Acaso las imágenes primordiales de que nos habla Jung, los arquetipos sedimentados en el Inconsciente Colectivo, suben entonces a la superficie del alma infantil, tan próxima en muchos respectos al alma primitiva, y se manifiestan en figuraciones poéticas. Lo cierto es que el niño no tiene otra vía para interpretar y expresar los hechos que le ofrece la realidad, que la imagen de índole poética. Su lenguaje es un venero inexhausto de poesía. Una niña de 4 años dice que el mar es «agua rasguñada por arriba». La misma llama «incendio de vidrio» a la ampolleta iluminada. Un niño define el granizo como «una lluvia de arroz». Otro, refiriéndose a la efervescencia producida por la sal de frutas en un vaso con agua, explica que «el agua está apurada por salir». A los 5 años y medio, una niña que va de paseo con su madre en medio de la niebla, comenta: «No puedo ver, hay tanta niebla. Todo está como en secreto». La cercanía de la luna y de una estrella sugiere a un niño la siguiente imagen: «La mamá y el bebé». Bubi Scupin, indicando el movimiento de las antenas de una mariposa, dice «que hace media». Inge Bühler expresa que la sopa «está resfriada» en atención a las burbujas que la sopa tiene en la superficie. El hijo del psicólogo Tiedemann se refería al ocaso del sol de esta suerte: «¡El sol se ha ido a dormir; mañana se levantará; comerá una rebanada de pan con manteca!». Un niño de 3 años cuenta: «Tiré una piedra al lago, y él me sonrió». ¿Qué significan tan curiosas expresiones en la-

bios de niños que, por lo general, todavía están aprendiendo a usar los elementos del lenguaje hablado? ¿No nos encontramos, en todos estos casos, en presencia de configuraciones poéticas, nacidas sin esfuerzo de un espíritu que aun vive en la etapa del mito irreflexivo? Ejemplos de esta clase pueden hallarse a menudo en la experiencia diaria. Por otra parte, los tratadistas de Psicología Infantil (Carlos y Carlota Bühler, Compayré, Sully, Stern, Piaget, Queyrat, etc.) suelen registrar en sus obras muchos ejemplos semejantes. Ahora bien, todo ello nos revela que la Poesía no morirá; por un designio psicológico inevitable, cada nueva generación habrá de restaurar las viejas actitudes míticas y la Poesía volverá a ser recuperada con cada niño que nazca. Sin cesar así renovada ¿cómo podría amenazarse de muerte a la Poesía? ¿A ella, que está, hoy y siempre, en el comienzo mismo de la vida del espíritu?

Sabemos ya que el lenguaje, en esa hora inaugural de la humanidad, es lenguaje poético. Mas, no sólo en esa hora. No sólo en el momento de nacer el lenguaje primitivo del hombre estuvo allí la poesía, sino también en el instante de nacer cada lengua o cada idioma. Sabios investigadores lo destacan, Juan Bautista Vico antes que nadie. En los orígenes de la Poesía—afirma Vico—encontramos los orígenes de las lenguas y los orígenes de las letras; la Poesía resulta ser así la lengua primera común de todas las naciones. «La historia de todas las literaturas—dice por su parte Wladimir Weidlé—comienza por la poesía; la prosa sólo aparece más tarde y conserva durante mucho tiempo en su estructura íntima las huellas aparentes de la dicción poética». Por ello es que un crítico italiano ha subrayado el hecho de que los grandes poetas tienen las mejores condiciones para el florecimiento de su genio creador cuando su lengua literaria está recién surgiendo. Entonces, en efecto, las palabras acaban de nacer y, tibias aún de su nacimiento, se agrupan en expresiones que resuenan por vez primera, con el fresco encanto de lo original; entonces, toda expresión es una metáfora, y los

objetos se sienten denominados y definidos como si estuvieran en presencia de un niño. «Cada palabra fué antiguamente un poema» ha dicho Emerson. Y el mismo autor escribe: «El etimologista descubre que las palabras más incoloras fueron antiguamente brillantes pinturas. El lenguaje es poesía fosilizada. Como la cal del continente, que consiste en una infinidad de conchas animales, así el lenguaje está compuesto de imágenes, de tropos, que en su uso secundario cesaron, largo tiempo ha, de recordarnos su origen». Por su parte, Vico asegura que «generalmente, la metáfora forma el mayor cuerpo de las lenguas en todas las naciones».

Henos aquí ante una nueva revelación: la Poesía vive cotidianamente en nuestras palabras, anda con nosotros sin descanso, con una presencia oculta pero tenaz. A veces, en la conversación más trivial y anodina, la Poesía alienta escondida en un tropo ya vulgarizado que la delata a los oídos más finos del estudioso. De este modo, hasta el más irreconciliable enemigo de la Poesía suele usar y abusar de ella en su habla diaria, como los más ardientes adversarios de la Filosofía no pueden sustraerse a la circunstancia de filosofar con el mero hecho de negarla. A la manera de aquel personaje que hacía prosa sin saberlo, el hombre corriente hace poesía sin saberlo. «En nuestras relaciones *inmediatas* y cotidianas con los objetos y los seres humanos,—dice Henry Lefebvre—hablamos y pensamos todavía según las categorías de la magia. No sólo el niño sino también el adulto animan espontáneamente las cosas; tomamos conciencia de las cosas a través de nosotros y, recíprocamente, de nosotros a través de las cosas. Decimos que un árbol se inclina, o que una locomotora jadea y se ahoga; y, recíprocamente, afirmamos que un espíritu es «estrecho» y que un culpable tiene «pesados» remordimientos. Hay en nuestras relaciones *inmediatas* una manera inevitable—al menos actualmente—de expresarnos, único modo de expresión natural y espontáneo de nuestra conciencia. Es claro que con un poco de reflexión sabemos o podemos darnos

cuenta de que no se trata sino de meras metáforas, de imágenes». Pero hasta la misma ciencia positiva, que intenta crear su propio lenguaje de puras abstracciones, cerrado a toda imagen antropomórfica y a toda concesión literaria, recurre inevitablemente a metáforas cuando quiere hacer inteligibles sus fórmulas y verdades. En realidad, como ha dicho Max Müller, «es imposible expresar ideas abstractas en el lenguaje humano si no es valiéndose de metáforas». El lenguaje es esencialmente metafórico. El lenguaje es poesía virtual o actual. ¿Podría, en consecuencia, morir la Poesía sin morir el lenguaje, y morir el lenguaje sin morir el hombre? ¿Qué sentido tiene esa amenaza de muerte que la época moderna hace a la Poesía?

Se ha dicho ya que la Poesía no puede morir en cuanto actitud espiritual de una fase de la evolución humana y en cuanto condición funcional del lenguaje. La Poesía es, en este respecto, un hecho indestructible. Los hombres se subordinan a este hecho, involuntaria e inconscientemente por lo general. Mas, ¿qué decir de la poesía como forma especializada de la actividad literaria, como objeto de un afán voluntario y consciente de quienes merecen la denominación singular de poetas? Analizar este problema es tarea difícil, sobre todo porque implica un detenido estudio de las condiciones culturales de nuestra época en particular, con el fin de situar en ese cuadro de condiciones el drama actual y el destino de la labor poética. No intentaremos aquí ese análisis, pero expondremos algunas ideas fundamentales que permitan abordar con una mínima claridad este asunto.

Para nadie es un misterio que el avance admirable de la Ciencia y el extraordinario desarrollo de la Técnica en los últimos siglos han traído una considerable modificación de los restantes aspectos de la cultura y un cambio notorio de las relaciones sociales. El concepto del arte y, en especial, de la literatura, en un mundo mecanizado, racionalista y utilitario como el de ahora, es naturalmente diverso del concepto imperante en otras épocas. Singularmente, la poesía está hoy más alejada

que nunca, en su esencia, del espíritu del hombre medio, y su cultivo es privilegio de círculos cada vez más selectos y reducidos. ¡Cuán lejanos aparecen aquellos tiempos en que los poetas eran los educadores y mentores de las nuevas generaciones, las fuentes poderosas en donde bebía todo un pueblo, como ocurrió con Homero y Hesíodo en la Grecia antigua! A tono con la época presente, la prosa realista y fría, informativa sobre todo, es el alimento preferido por el hombre de hoy. Se tiende a una literatura de meros hechos, cuyo paradigma supremo sería el libro de contabilidad de una empresa industrial. No hay que olvidar, a propósito, que el modelo humano que guía las aspiraciones más recónditas de nuestra época es el del hombre de negocios, y el hombre de negocios es la negación más flagrante de la Poesía; constituye el personaje *prosaico* por excelencia.

Hace más de un siglo, Thomas Love Peacock escribió lo que sigue: «El poeta de nuestra época es un semi-bárbaro que vive en una comunidad civilizada. Vive en un pasado ya lejano... Si se desea cultivar la poesía en un grado cualquiera sólo podrá hacerse en detrimento de algún dominio de estudios útiles, y es de lamentar que algunos espíritus capaces caigan en la caricatura vacía y sin objeto de la actividad intelectual. La poesía había sido el chupete espiritual que despertó la atención del intelecto en la infancia de la sociedad humana, pero eso de tomar en serio los juguetes de la infancia cuando llega la época del espíritu maduro es tan absurdo como lo sería para un adulto frotar sus encías con coral o no querer dormirse de otro modo que al sonido de campanillas de plata». Tales palabras han sido escritas respondiendo al pensamiento común de los hombres del siglo pasado; en el nuestro, sus partidarios no han hecho sino aumentar. El poeta se repliega ante un número cada vez mayor de enemigos, tocado por el desprecio y la amenaza. «En un mundo desintegrado por el análisis racional,—dice Weidlé—en un mundo que se disgrega en átomos humanos extraños los unos a los otros y que no están unidos por otro lazo que el de los in-

tereses prácticos y el de las ideas abstractas, en un mundo penetrado hasta en sus cimientos mismos por un pensamiento desprovisto de profundidad y de misterios, en el mundo de los números y de los signos algebraicos, en el de los «fenómenos» vaciados de la «cosa en sí», en el de las estadísticas, en el del periodismo y el de los bancos, cabe preguntarse: ¿cómo ha podido el poeta escapar a esa tortura nueva que en épocas más felices no ha llegado a conocer?». Ha escapado, precisamente, porque la Poesía no morirá sino con el hombre. Siempre habrá algunos elegidos que mantendrán vivo el fuego sacro de la Poesía, no obstante la tortura a que sean sometidos por la cultura y la sociedad de su tiempo. La Poesía constituye una necesidad irremediable del espíritu humano, tanto como lo son la Filosofía y la Religión. Se anuncia la muerte más o menos cercana de la Filosofía; pues bien, el hombre tendrá siempre algunas preguntas que la Ciencia y la experiencia no podrán contestar, y que la razón especulativa pretenderá entonces responder. Se anuncia también la muerte de la Religión, algún día; pues bien, el hombre tendrá siempre algunos problemas que no podrá resolver la razón, y acudirá entonces a la fe todopoderosa. He ahí la necesidad de la Religión y de la Filosofía. ¿En qué consiste la necesidad de la Poesía para el espíritu del hombre?

Muchas respuestas podrían concurrir a satisfacer esta cuestión. No hay un solo concepto, unívocamente determinado, acerca de lo que es y de lo que debe ser la Poesía, del papel que ella representa en el juego de los intereses humanos. Varias posiciones, doctrinas o escuelas se disputan el derecho a ofrecer el único legítimo concepto de Poesía; una de las cuales, por ejemplo, afirma que el objeto de la Poesía es jugar con las palabras hasta la obtención de la más pura belleza verbal, mientras que otra, en cambio, proclama urgentemente la exigencia de una poesía comprometida, al servicio de ideales extra-estéticos. En todos los casos se echa mano de una presunta necesidad psicológica, social o hasta biológica, sobre la cual descansaría el ejerci-

cio poético del hombre. Sin embargo, por debajo de estas diferentes necesidades, como el substrato de todas ellas, existe, según creemos, una que constituye la raíz metafísica de la virtud poética en el hombre: la necesidad del enigma. El enigma es la verdadera razón de ser de la Poesía.

El hombre es el animal que pregunta. Por primera vez en la evolución de las especies surge, con la humanidad, un tipo de vida que excede las relaciones meramente utilitarias e inmediatas que los organismos anteriores mantenían con su contorno, y que hace de la realidad un vasto escenario de interrogaciones que se extienden hasta el fundamento mismo del universo. Alfredo Weber opina que ese tipo de vida emerge propiamente con el Hombre de Aurignac, «afectado por un peculiar sentido de profundidad trascendente (que atraviesa el ser dado y va más allá de él)... afán de profundidad que va en pos del fondo misterioso y arcano que existe por debajo de los fenómenos visibles de cada día y de cada hora». El hombre, pues, descubre el enigma, y desde ese instante ya no podrá desprenderse de él. Su historia habrá de ser desde entonces un drama incesante, una lucha entre él y las obscuridades enigmáticas que lo asaltan; pero, sobre todo, el hombre se verá impelido a *buscar* el misterio, a *proponerse* problemas, a *suscitarse* interrogaciones. Lo que una vez fué un hecho, un simple acontecimiento que surgía, preñado de incalculables consecuencias, se convierte en necesidad impostergable y fatal que se hace presente en cada objeto que el hombre toca, huele, contempla. Desde que el hombre se da cuenta de que puede preguntar, querrá preguntar siempre. El hombre es el ser fascinado por la interrogación.

Ahora bien, el órgano de que el hombre dispone para plantearse enigmas es la Poesía. La Ciencia, la Filosofía y también la Religión quieren *resolver* los secretos del universo, cada una en diferente nivel, a diverso grado de profundidad. A la Poesía corresponde *proponer* esos secretos. El poeta no resuelve nada. Teórica y prácticamente, es un ser inoperante. Su misión no es

descifrar ni cambiar el orden de las cosas. Faena suya es sumirse, como un buzo angustiado, en las profundidades del alma y de la vida, y extraer de allí ¡oh pesca tenebrosa! rostros de esfinge nuevos e imperiosos cada vez. «He visto venir espionadores del espíritu—ha dicho el Zaratustra de Nietzsche—: han salido de los poetas». La misión del poeta estremece: se trata de una terrible aventura. ¿No es terrible el oficio de romper la tranquilidad de la gente, de inquietar el mundo con voces que interrogan, de levantar materiales sospechosos y sobrecogedores desde lo hondo de un día o de una noche, de mostrar llagas y abismos y tinieblas, de punzar sin compasión el corazón humano? «Las aventuras terribles acontecen a los que tienen algo de terrible» dice el mismo Nietzsche. El poeta es, entre todos los hombres, el condenado por los dioses.

Y sin embargo, el predilecto de los dioses. Los dioses hablan a través de él. «El poeta es vates, un poseso, lleno de Dios, un frenético» (Huizinga). Los dioses lo eligieron para jugar el pavoroso juego de proponer enigmas, porque los dioses necesitan del juego, y entre todos los juegos prefieren aquel que consiste en la interrogación. Ellos aman las preguntas que se les dirigen, y acaso en el ser interrogados es donde ellos encuentran su verdadero destino. Con este fin, «se le dió al Hombre—Hoelderling lo dice—el más peligroso de los bienes, la Palabra». El poeta extrae sus visiones—él es un vidente—y las hace palabras. Pero todas sus palabras terminan en un silencio, que es más peligroso que las palabras mismas. Porque «el más peligroso de los bienes» es, en verdad, aquel silencio que sucede a las palabras. Ese silencio es el más claro testimonio de que allí hay un enigma. Es como un vacío que las palabras producen al terminar su oficio. La Filosofía, la Ciencia, La Religión quieren llenar ese vacío, pero sólo en pequeña medida logran su objeto. El poeta nunca podrá ser contestado plenamente. Los dioses pueden estar tranquilos.

¿Cómo usa de las palabras el poeta? Del modo más enig-

mático posible: en forma de metáforas e imágenes. Estas son ciertamente, el recurso adecuado para producir aquel silencio que todo enigma requiere. En efecto, a través de ellas nada se pregunta de manera directa. Ellas, en su apariencia inofensiva sólo afirman o niegan. Pero la pregunta, el silencio que interroga, está ahí, rodeando porfiadamente cada palabra, como un aire tenaz que adhiere con sus infinitos dedos invisibles al sólido inmóvil. Uno puede sentir cómo ese vasto y profundo silencio pulsa y golpea en torno de las palabras, sin cesar. Quien sepa escuchar ese silencio habrá escuchado verdaderamente las palabras del poeta. Quien no sepa mirar más allá de las palabras no podrá llegar a ese sentido enigmático esencial del poema. Las metáforas y las imágenes con que el poeta se muestra ante nosotros son sólo el vestido y la máscara, y su misión es conducirnos a lo que palpita debajo de esa superficie atrayente. El poeta, en última instancia, es un hombre que suscita grandes y conmovedores silencios, a base de una determinada organización de palabras. ¡Destino ambiguo, en consecuencia, el de las metáforas e imágenes de que se vale el poeta! Son, por una parte, juicios en donde se afirma o se niega algo; pero les está prohibido el constituirse en respuestas, soluciones, verdades, al modo de los juicios de la Ciencia o la Filosofía. Su carácter afirmativo o negativo es un llamado hacia la interrogación. Bajo el hermoso caudal de hojas y flores que ostenta la porción aérea de la planta, se oculta, severa y desnuda, la raíz maternal. La metáfora se hace, finalmente, enigma; la afirmación o la negación se convierten en interrogación. Aprended a sospechar de los poetas: la interpretación del mundo que os ofrecen no está hecha de respuestas, sino de preguntas escondidas, de interrogaciones encubiertas, de silencios que subyacen—vivos y tenebrosos—en la aparente certeza de las palabras.

Es explicable, desde este punto de vista, la actitud desdeñosa u ofensiva de la época ante la Poesía. El hombre moderno abomina de todo misterio, rehuye los enigmas. El quiere todo lo

que está resuelto, necesita hechos. A ello lo han acostumbrado ya suficientemente la Ciencia y la Técnica de la época. El poeta se le aparece como un personaje extraño e inoportuno, que con sus preguntas tan llenas de terrible profundidad malogra esa tranquila y superficial digestión de hechos que el hombre moderno apetece. Este llega, entonces, a amenazar de muerte a la Poesía. ¡Pero la Poesía no habrá de morir sino con el hombre mismo! En lo más hondo del espíritu humano, en la entraña misma de la humanidad (¡y cuán alejado de esta entraña se halla hoy el hombre corriente!) existe una necesidad insobornable: la de plantear enigmas. El poeta se convierte así, por gracia de los tiempos, en el héroe moderno; aquel que, acatando el mandato de los dioses, intenta salvar la virtud más hermosa del Hombre en contra de los hombres. Vedlo ahí- rondando la intimidad de las cosas, hundiendo su mirada en los huecos oscuros de las puertas, penetrando en los ojos del prójimo y en el curso de las constelaciones. Vedlo recogerse en sí mismo, escuchándose. Busca, busca una pregunta, busca un enigma, sin compasión para los demás ni para él. Está cumpliendo la tarea esencial de su especie, porque el hombre es el *animal buscador de enigmas*. Está recuperando para la humanidad su derecho a habitar sobre la tierra, pues, como lo ha dicho Hoelderling:

«Lleno está de méritos el Hombre;
mas no por ellos, sino por la Poesía
ha hecho de esta Tierra su morada».